

CON OJOS DE VENERACION

Por José Antonio Evora

Cuatro productores (los que desembolsan el soporte financiero de la película) necesitó el cineasta venezolano Olegario Barrera para emprender la realización de **Pequeña revancha**, cuyas últimas filmaciones —además— pudo hacer sólo gracias al apoyo económico que le brindó el Fondo de Fomento Cinematográfico de su país.

¿Debemos tener esto en cuenta a la hora de juzgar la cinta venezolana que, desde el pasado jueves, se proyecta en salas de estreno habaneras? En alguna medida sí, sobre todo cuando el análisis se dirija a aspectos meramente técnicos, sin que ello exima de responsabilidad a sus ejecutores inmediatos.

Pienso, por ejemplo, en más de un desenfoco de las imágenes, muy visible en ciertos momentos en que el objetivo permanecía alejado de la cámara, y el director de fotografía (no sé cual, porque trabajaron tres: Alfredo Anzola, Carlos Briceño y Jorge Naranjo) optaba por los grandes planos. O en repetidas imprecisiones del montaje, francamente lamentables en algunos casos.

Y si deben tenerse en cuenta los problemas de producción al enjuiciar tales deslices, es porque a ellos puede atribuirse que el director —en más de una ocasión— no haya tenido la oportunidad de repetir una escena o corregir, apremiado por el tiempo de que disponía para esos menesteres, este o aquel error en la edición del material filmico.

Hay un aspecto de **Pequeña revancha** que revela la loable correspondencia entre propósitos y resultados lograda por Olegario Barrera en la dirección de actores: la espontaneidad con que los niños —especialmente Eduardo Emiro García, el protagonista— asumen sus respectivos papeles. Casi podría afirmarse que su comportamiento delata una permanente atención del director hacia ellos, y cierto descuido hacia el trabajo de los adultos, que en no pocas ocasiones ponen notas de innecesaria rigidez donde los



niños hacen gala de fresca diáfana y contagiosa.

Por esta última vía, la película se gana al espectador, lo cual no debe dejar de verse como un mérito de quien la dirige. Porque Barrera está dando una lección de cómo aprovechar una anécdota nada extraordinaria (la muerte de un perro y la posterior aflicción de su joven dueño) para decir unas cuantas verdades sobre la hostilidad coercitiva de un régimen antipopular, la huella traumática que en los niños deja el escepticismo político y social, y —en medio y a pesar de todo ello— el soplo irrefrenable de vida que fluye de la infancia; ese, al que hay que mirar con ojos de veneración.

¿Acaso no existen allí, y en muchos países, niños obligados a aprender la discreción antes que las Matemáticas, o el oficio de vender antes que la Historia? ¿Y acaso son ellos, en esencia humana, diferentes a los demás niños del mundo? Desde luego que no.

Será ésta la causa de que **Pequeña revancha** duela y alegre al mismo tiempo: porque resulta del ejercicio de la sensibilidad; porque es un fruto del amor a quienes —como dijo Martí— son los que saben amar.